

En ellos, como dijo el novelista español Juan Goytisolo, "con minuciosidad implacable, los relatos de Marvel Moreno ponen en la picota los pequeños vicios y vanidades, las grandes injusticias y defectos de una ciudad colombiana que ama y aborrece al mismo tiempo: una ciudad contemplada con esa objetividad que sólo conceden la intimidad y la distancia.

Esa ciudad no es otra que Barranquilla y está presente, —y actuante—, sin lugar a dudas en esta novela. *En diciembre llegaban las brisas* (Plaza y Janés, Barcelona, 1987). Así en la nota de contraportada del libro se diga tontamente que en él, "Colombia y, más precisamente, la ciudad de Barranquilla no pasan de ser aquí un mero punto de referencia para contar una aventura desprovista de las habituales vinculaciones y coartadas geográficas".

Pero la anotación contenida en el párrafo anterior es secundaria y lo que vale es el hecho real y trascendente de la novela misma. Y que coloca a Marvel Moreno en un nivel, "en una trayectoria literaria que terminará cobrando una talla continental", como escribió el profesor francés Jacques Gilard refiriéndose al primer libro de narrativa de la escritora barranquillera.

*En diciembre llegaban las brisas*, no obstante ser la primera novela de Marvel Moreno, es ya una novela "hecha y derecha". Un hermosísimo texto que se lee con interés que no sólo no decae sino que se crece a medida que se avanza en la lectura de sus 283 páginas. La prosa es rica, sugerente, plena de aciertos, si bien es de lamentar que no se hubiera hecho en esta edición una más cuidadosa revisión —y corrección—, de pruebas que evitara no pocos errores que desdican del merecido prestigio de la casa editora.

Los personajes de *En diciembre llegaban las brisas* son seres de carne y hueso y se mueven en ambientes recreados por la autora con certera propiedad. Y viven situaciones acertadamente descritas, narradas con fluidez. Todo ello permite señalar que la novela de Marvel Moreno no sólo no defraudó a este lector que la esperaba con tanto interés y con tanto entusiasmo, como digo al comienzo de esta reseña, sino que colmó crecidamente las expectativas que en ella había puesto. Y que a partir de ahora coloco con cabal confianza en los libros, los que han de ser excelentes libros futuros —quizá ya presentes—, de Marvel Moreno.

De *Algo tan feo en la vida de una señora bien*, hay ya publicada una traducción al francés, de 1982. Como de seguro la habrá, a ese y a otros idiomas, de *En diciembre llegaban las brisas*.

## Richard Morgan Stewart Mitologías personales con Augusto Rivera

Bogotá, Plaza y Janés, 1987

Alvaro Pineda Botero  
Bogotá

El pintor Augusto Rivera nació en Bolívar, Cauca, en 1922, y murió en Bogotá en 1982. Siendo muy joven se unió a un grupo de juglares quienes se lo llevaron como ilustrador. En Chile adelantó estudios artísticos y más tarde expuso su obra en Buenos Aires, Valparaíso, Sao Paulo, Barcelona, Madrid, Bogotá. Era enemigo de los críticos y bohemio. Se decía que pintaba hechizado. Hoy en día, su obra se cotiza como de gran valor y se le aprecia en el país como a uno de los pintores más representativos de las últimas décadas.

Richard Morgan Stewart, por su parte, nació en Texas, estudió en North Texas University, y después de viajar por muchos países se hizo no sólo colombiano sino también colombiano por adopción. Lleva viviendo en el país más de diez y seis años. Lo unió al maestro Rivera una gran amistad.

*Mitologías personales con Augusto Rivera* es el producto de esa amistad; un libro sorprendente en muchos aspectos, un tanto irregular en su calidad, pero con logros literarios memorables.

Además de un prólogo laudatorio de Germán Santamaría y un epílogo del mismo Rivera, el libro consta de cuarenta y un relatos cortos, en los que Stewart va descubriendo, no la biografía del Maestro, sino a un Rivera-personaje de su propia leyenda. En general no se habla de su obra ni de su trayectoria artística sino de sus "inexorcizables diablillos de la niñez" (p. 43): recuerdos, estampas, personajes de Bolívar, ese pueblo enclavado en las montañas del Cauca.

Podríamos diferenciar dos tipos de relatos. Las ficciones del personaje llamado Rivera, narradas en primera persona, con un estilo fresco, con toques de realismo, y a veces con una ingenuidad que raya en lo infantil. Son historias de "hombres malos", de toros excepcionales por su ferocidad, o anécdotas sencillas y pueblerinas. Se habla por ejemplo de un tal Pedro Maldonado quien recibió una beca para estudiar música ambiental para supermercados en Estados Unidos, y regresa años



después llamándose Peter Mc Donald y trayendo una limosina Cadillac arrastrada por bueyes.

El otro tipo de relatos son los narrados en tercera persona, en donde se muestra a un Rivera adulto atormentado por el alcoholismo y la cirrosis. Aquí el estilo ya no es realista ni ingenuo. El lenguaje se carga de argucias poéticas, de expresiones del argot (jodencias), adjetivación contrastante (hora usitada, osudo artesano, ufanado herrero); y otras minucias como "los enamorados personaron" (pág. 62), "oriundez desconocida" (80). Todo esto le da al discurso cierto tono barroco no exento de originalidad.

En esta segunda categoría participa mucho más el autor en su papel de amigo y mitificador de Rivera. Los relatos toman connotaciones sobrenaturales para describir los hechos que sucedieron a la muerte del pintor: vendavales inusitados; las gallinas del pueblo dejaron de poner; el narrador recibe un corrientazo vital en el momento de la muerte de su amigo, lo que lo lleva a adoptar la nacionalidad colombiana.

En *Mitologías* encontramos la imagen del pintor Augusto Rivera dibujada a veces con rasgos profundamente humanos, tiernos, otras un tanto desfigurada por la leyenda, desde la perspectiva de un enamorado de la Colombia macondiana. Así, la figura bohemia con rasgos de genialidad de Rivera, le ha servido a Stewart para un acercamiento emotivo, reverencial, a su patria de adopción.

Elisa Mújica

## La tienda de imágenes

Bogotá, Ediciones Fondo Cultural Cafetero, 1987

Montserrat Ordóñez  
Universidad Nacional

La obra de Elisa Mújica encubre y descubre, inevitablemente, problemas sobre la literatura colombiana contemporánea que no se explican leyendo uno de sus libros como texto autorreferencial. Hasta la fecha ha publicado quince libros, desde 1949, en una producción oscilante y persistente: ensayo, crónica, relatos infantiles, ediciones prolongadas y anotadas de clásicos colombia-

nos, novelas y colecciones de cuentos. Lo que por una parte es versatilidad, por otra indica largas interrupciones y cambios de rumbo no necesariamente planeados, que tal vez esconden todos los conflictos de escribir en América Latina en estos cuarenta años, de escribir en un país como Colombia y, más aún, de escribir siendo mujer.

Son muy distintas sus tres novelas, publicadas con intervalos de décadas, *Los dos tiempos* (Bogotá, Iqueima, 1949), *Catalina* (Madrid, Aguilar, 1963) y *Bogotá de las nubes* (Bogotá, Tercer Mundo, 1984). Algo similar sucede con los intervalos de los volúmenes de cuentos, *Angela y el diablo* (Madrid, Aguilar, 1953), *Arbol de ruedas* (Bogotá, Editorial Revista Colombiana, 1972) y *La tienda de imágenes* (Bogotá, Ediciones Fondo Cultural Cafetero, 1987), aunque a diferencia de las novelas los cuentos están más ligados entre sí, por temas y soluciones narrativas.

Los cuentos de *Angela y el diablo* son textos de desolación y fracaso, los de *Arbol de ruedas* son variaciones sobre la incomunicación, un problema contemporáneo de la vida y de la literatura, que en esta colección se caracteriza por un rasgo que la convierte en más patética: en muchos de los relatos los personajes no logran comunicar lo que sienten o son, o lo que creen ser o sentir, pero el lector percibe que si lograran hablar la palabra pronunciada no variaría las rutas vitales condenadas de los personajes involucrados.

Dominan en su primera colección los personajes jóvenes y los sucesos políticos e históricos más inmediatos, como el 9 de abril y la violencia. Sin embargo, ya en el primer cuento de ese primer volumen, "La chimenea", el tono es de nostalgia y de pasado irrecuperable, aunque el personaje sea una mujer en visperas de su boda. Este primer cuento aparece hoy como el reverso de los cuentos de hadas y de las novelas rosa, como uno más de los textos contemporáneos que delatan las trampas de los ritos y de las soluciones de vida que más que alternativas son callejones sin elección. Cuando María Flora, la protagonista de ese cuento, quema sus viejas cartas en el fuego cómplice de la chimenea, más que su juventud llora el jardín de senderos que se bifurcan, el tiempo que arrastra y obliga a la elección y a la negación. No está tan lejos, pues, esa María Flora de 1953, de los personajes y de los temas del último libro de cuentos, *La tienda de imágenes*. Esa joven que llora antes de comenzar su nueva vida, etapa considerada socialmente como la máxima felicidad de la mujer, reaparece de alguna forma en todos los personajes, femeninos y masculinos, que reflexionan y